

El alcalde "torricida"

Joya de la arquitectura mudéjar, la Torre Nueva marcó la vida de la ciudad de Zaragoza durante siglos. Con el pretexto de que estaba inclinada, en vez de afianzarla, el alcalde, Alejandro Sala, la derribó en 1892

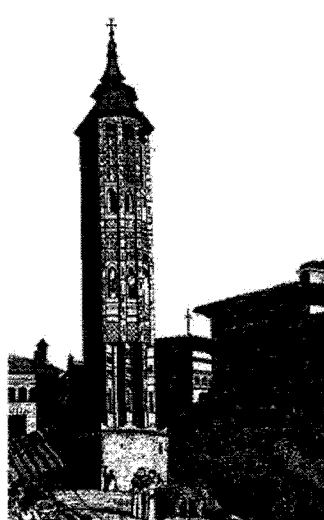
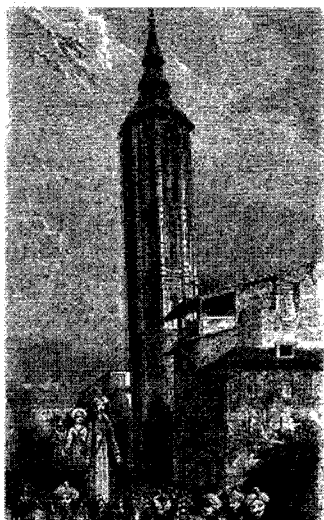
PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

Catedrático de Historia del Arte. Escuela de Arquitectura, Madrid

Me parece que fue al anochechar cuando avistamos a Zaragoza. Entrando por la puerta de Sancho, oímos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva". Así comienza Pérez Galdós el episodio nacional de Zaragoza, mencionando aquella torre que jugó un papel fundamental en los heroicos sitios de la ciudad salvando muchas vidas, pues desde su altura se dominaban las posiciones del ejército francés.

En efecto, en los años 1808 y 1809, un marino, José Primo de Rivera, y un escritor, José Mor de Fuentes, escudriñaron con la ventaja de su altura a los sitiadores por medio de aparatos ópticos de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, alertando a la ciudad con toques de campana sobre el origen y dirección de las bombas enemigas.

Más tarde, desde lo alto de aquella misma torre, se despedía Edmundo de Amicis de Zaragoza con emocionados recuerdos para los héroes de este noble episodio, según recoge en su libro sobre España (1873): "Contad a los extranjeros que de hoy en adelante vengan a visitar la torre, que un día, un joven italiano, saludando por última vez desde estos balcones la capital de Aragón..., se ha descubierto la cabeza con el sentimiento del más profundo res-



Dos imágenes de la Torre Nueva: dibujo de Blanchard, izquierda, y grabado francés del XIX, derecha.

peto..., y no pudiendo besar en la frente, uno por uno, a todos los sucesores de los héroes de 1809", lo hizo en la del guardián de la Torre que le acompañaba y éste, emocionado, se lo devolvió.

Los cincuenta y cinco metros de altura de la Torre Nueva hicieron que en épocas de paz desempeñara otras funciones, pues allí inició la to-

Bien estudiada por Borrás y Gómez Urdáñez, la Torre Nueva era una de las joyas de la arquitectura mudéjar, "el más bello ejemplar de su estilo que pueda hallarse en toda España" (Street), repetidamente dibujada (Locker, Ford), grabada (Doré), litografiada (Parcerisa, Roberts), pintada (Gonzalvo) y fotografiada (Clifford, Laurent) a

El reloj de la Torre Nueva reguló la vida de la ciudad hasta que, en 1892, se lo paró el corazón

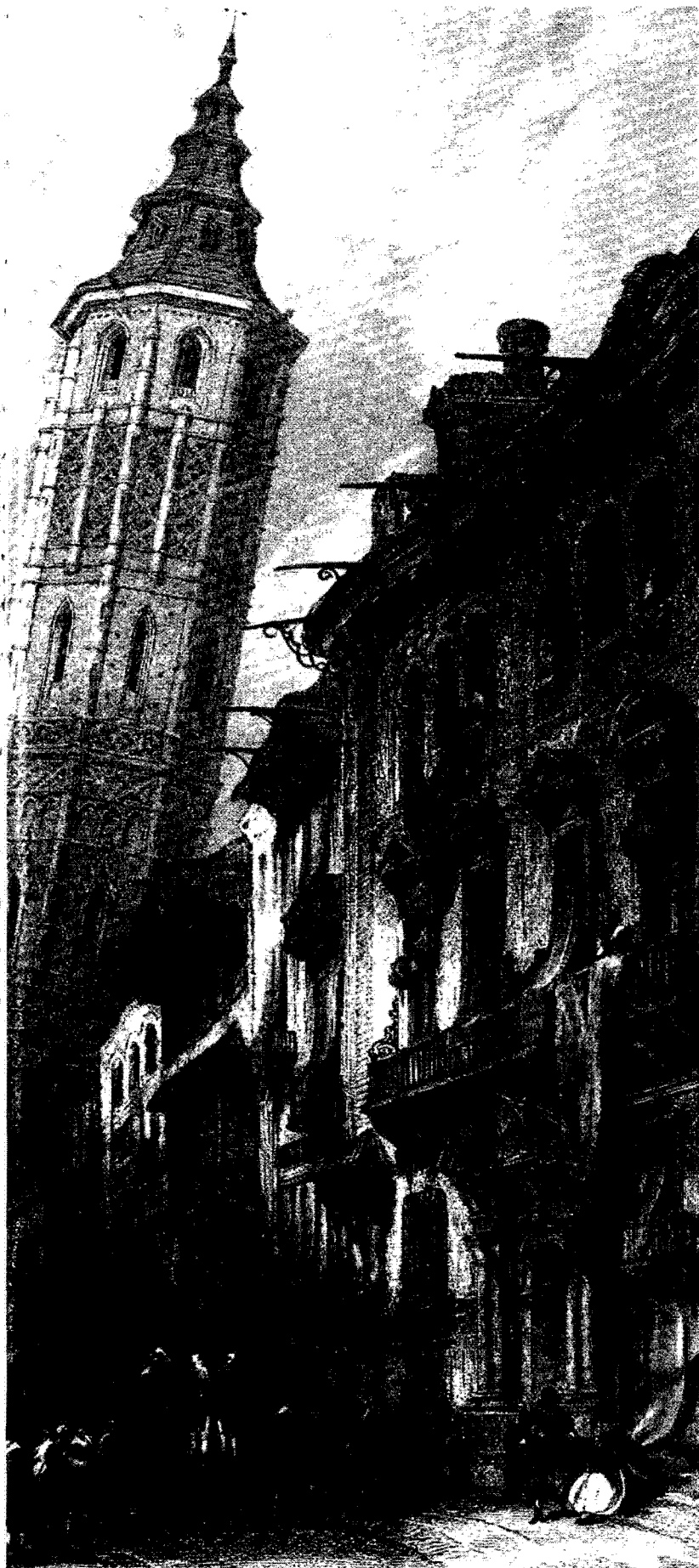
ma de datos para el mapa de Aragón el cosmógrafo portugués Juan Bautista Labaña (1610), pero el principal cometido de la torre fue el de dar las horas y los cuartos, pues para este fin se construyó, a partir de 1504, es decir, como una torre cuyo reloj reguló la vida de la ciudad hasta que se le paró el corazón en 1892.

lo largo del siglo XIX, como presintiendo su pronta y estúpida destrucción.

Gracias a esta variada información gráfica hoy cabe hacerse una idea de la pérdida que supuso su derribo, merced a la brillante decisión final de un alcalde, don Alejandro Sala, el torricida.

¿Por qué se derribó la Torre Nueva del Reloj de Zaragoza?





La Torre Nueva, según una litografía de David Roberts donde se la ve con una inclinación exagerada.

Por la simple burricie caciquil de la que, ayer como hoy, hacen gala tantos ediles frente a la opinión autorizada de conocedores, academias y universidades que, sin ser infalibles, albergan un grado de sensatez de la que carecen muchas corporaciones locales en todo lo referente a la conservación del patrimonio edificado y urbano.

corrigiendo parte de su inclinación. A la torre aragonesa no le dimos esta oportunidad. Inclínadas y vivas siguen las torri pendenti de Bolonia, las llamadas de Asinelli y Garisenda, esta última recordada por Dante en el Canto XXXII del Infierno. La de Zaragoza, también condenada, no llegó ni al infierno, pues sus ladrillos que "se encontraban en

La historia del derribo es una auténtica historia de despropósitos

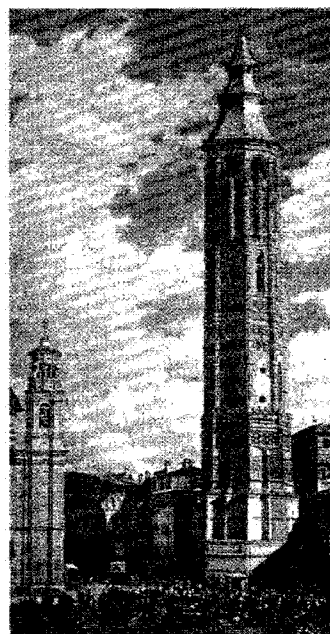
Seguramente, la dinámica en que se ven involucrados los ayuntamientos les impide ver estas cosas que requieren serenidad, conocimiento y distancia política, tres carencias de los munícipes y técnicos a su servicio respecto al patrimonio histórico que hace, ayer como hoy, dar licencia a derribos y destrucciones sin cuento. Ayer la Torre Nueva de Zaragoza, como hoy el Enlosado de la catedral de Segovia.

En próximo mes de julio se abrirá de nuevo a la curiosidad pública la Torre de Pisa, inclinada y amenazante como era la Torre Nueva, incluso

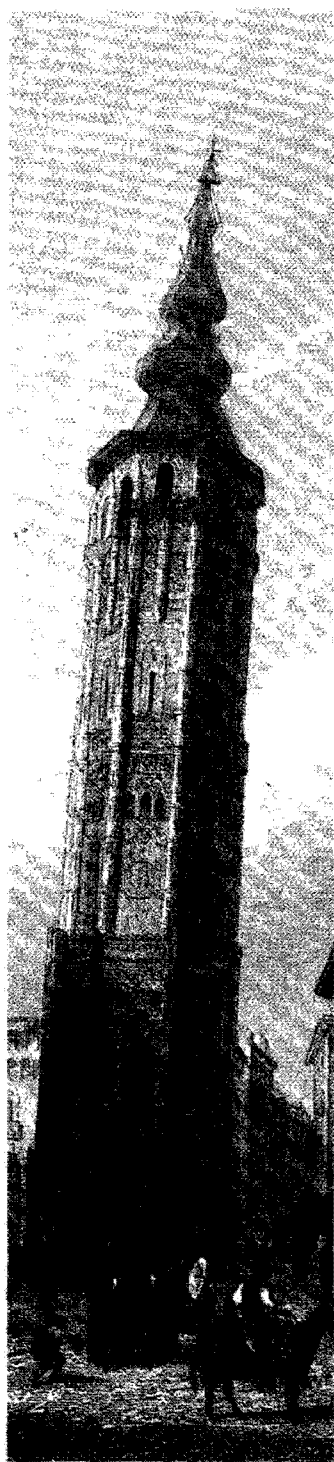
muy mal estado", sirvieron para hacer una hermosa casa nueva en el paseo de la Independencia, cuyo propietario era, casualmente, uno de los que más empeño pusieron en la demolición de aquella.

Historia del derribo. No resulta fácil resumir la historia del derribo de la Torre Nueva porque es tal la serie de despropósitos aducidos, el número de comisiones formadas, lo abultado de los informes, la agresividad de la prensa para con sus defensores —especialmente contra los hermanos Gascón de Gotor— y lo mezquino de los intereses de sus detractores que, finalmente, parecía inevitable el derribo motivado por su mucha inclinación.

Sin embargo, hizo falta un gran empeño para abatir aquella gallarda torre, admirablemente construida por cristianos (Gabriel Gombao, Antón de Sariñena) y moriscos (Juce de Gali, Ismael Allabar), que no se caía ni mostraba progreso en su inclinación tras las comprobaciones hechas a lo largo de ciento cincuenta años. El simple desprendimiento de unos cascos hizo que en 1860 se le rebanara el hermoso chapitel barroco que la coronaba para luego, definitivamente, tirlarla en 1892.



La Torre Nueva en un óleo de Gonzalvo Pérez, 1871,



Grabado francés del siglo XIX donde aparece la Torre Nueva poco antes de su demolición.

El histérico miedo colectivo debidamente alimentado por el catastrofismo de periódicos locales como el *Diario Mercantil*, *La Derecha*, *El Universal* y el *Diario de Zaragoza*, escondía otros intereses nunca denunciados y por todos percibidos, a los que no era ajeno el Ayuntamiento, que siempre defendió hacerse eco de la "opinión pública", pero que en realidad deseaba "limpiar" y despejar aquella plaza, clasificada como de primera categoría en las ordenanzas municipales.

Eran entonces los tiempos del rey don Fernando el Católico, pero en los de Alfonso XIII, los descendientes de aquellos artesanos y comerciantes cuyos nombres también conocemos (Conrado Aramburo, licorero; Francisco Navarro, ultramarinos; familia Navarro, los pañeros que se hicieron la casa del paseo de la Independencia con el medio millón de ladrillos "inservibles" de la Torre Nueva...) empezaron a mirar mal la torre simplemente porque estaba inclinada, ahuyentaba la clientela y, además, daba sombra a alguno de sus establecimientos en la plaza (sic).

La inclinación de la Torre databa de los mismos días de su construcción, seguramente por un problema de asentamiento, pero su desplome, que llegó a tener dos metros y treinta y siete centímetros (casi la mitad de los cuatro metros y veintiún centímetros de la catedral de Pisa) ha-

bía resistido tanto el terremoto de Lisboa como las granadas de los Sitios.

Complicidades. Pero esto no le bastaba al Ayuntamiento zaragozano y menos aún la propuesta que hizo el mismo Yarza (1863) de derribar las casas inmediatas, despejando la plaza, no a costa de la Torre sino de los edificios "que oprimen a este suntuoso, esbelto, artístico, histórico y arqueológico edificio".

Como un endémico antojo volvieron a la carga los vecinos de San Felipe. Prensa, pasquines, nuevos reconocimientos, informes, Ayunta-

Ruiz de Salces y Simeón Ávalos que se hizo público tras su aprobación (14-I-1892) pero que muy pocos parecen haber leído.

Me consta que a muchos, desde mi admirado Gaya Nuño hasta los redactores de una inútil *Carta de Cracovia 2000* que ellos mismos transgreden, les parecería esta reconstrucción una blasfemia arquitectónica, pero me gustaría ver hoy en pie la segunda edición de la Torre Nueva de Zaragoza hecha en 1892, como me llena el alma ver el Campanile de San Marcos en la gran plaza de Venecia, en su versión de 1912. Lo siento.

Me gustaría ver en pie la segunda edición de la Torre Nueva

miento, Ministerios de Gobernación y Fomento, Comisión de Monumentos de Zaragoza y, finalmente, la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid a la que se confió el dictamen definitivo después del alarmante informe hecho por los arquitectos Mariano López y Félix Navarro (1891) en el que se menciona la inminente ruina de la Torre por "haber cesado ya las condiciones de la estabilidad normal".

La Academia, a la que se hace cómplice del fatal derribo por la tibieza de su informe, fue, sin embargo, contundente según se desprende de las actas de la Sección de Arquitectura (7-XI-1891) y del propio informe redactado por

No me consuelan las antiguas fotos y grabados, sus descripciones, ni siquiera el simpático modelo a escala que en hoja de lata hizo el zaragozano Valero Tiesto (1876) y que guarda el Museo Arqueológico de Madrid.

El derribo de la Torre costó a las arcas municipales, esto es, al pueblo de Zaragoza, dieciséis mil pesetas. Bajo precio para una gran traición. Como paradójico colofón a esta complicada historia añadiré que el alcalde destructor, don Alejandro Sala, tuvo una hija, Leonor Sala, que bien por devoción a la Virgen, bien para expiar "torricidios" paternos, financió la construcción de las dos últimas torres del templo del Pilar. ☛

El Museo de la Torre Nueva

Desde 1986, la Torre Nueva cuenta con un museo, situado en los bajos del establecimiento de alimentación de la familia Montal, en la calle del mismo nombre, en el número 29. El centro exhibe una amplia colección de grabados de diferentes procedencias, así como de fotografías, manuscritos y planos que se refieren a este edificio desde la fecha de su construcción hasta su demolición.

El Museo fue originalmente una bodega donde la familia Montal guardaba sus reservas de vinos, y esta configuración se ha mantenido íntegra, a excepción de los pavimentos, que han sido reemplazados, pero con materiales similares al estilo de la época.

